

de deseos, de metas a alcanzar o de cosas a corregir, sin real jerarquización, sin planificación alguna. Algo se acercaría al "género" programa el presentado por Lusinchi, al menos en algunos de sus puntos, pero tampoco él merece el nombre porque elude puntos de tanta incidencia en la realidad del país que no podrían ser omitidos en un verdadero programa.

Debemos señalar además que los cuatro programas que intentamos analizar y comparar son, a su vez, cosas muy distintas. Caldera y Lusinchi optaron por dar a conocer un folleto impreso, relativamente largo y cuidado. Más proclamarlo el primero, más concreto el segundo, ambos incompletos y, como ya señalábamos, poco "programáticos". De Teodoro y José Vicente analizamos sendos discursos, también llamados programas, que no están siquiera impresos. Más largo y detallado el primero, más conciso y breve el segundo. También ambos muy incompletos en muchos aspectos. Sus diferencias de concepción, de finalidad, de estilo... son tan patentes, que hace muy difícil una comparación entre ellos.

Finalmente, queremos decir que en ellos se nota y destaca demasiado para que puedan ser auténticos programas, las estrategias electorales de los diversos comités de campaña, lo que generalmente empobrece estos escritos. El de Caldera insistirá en "el hombre" y su experiencia. El de Lusinchi en el adequismo —sin más— como panacea solucionadora de problemas. Este mismo, como los de Teodoro y José Vicente, caen no pocas veces en la fácil crítica a la actual gestión gubernativa, en lugar de insistir suficientemente en las alternativas que proponen. Teodoro ha optado por presentarse como una izquierda que no asuste a los "amos del Valle", a los gringos y a las masas no concientizadas. José Vicente procura aparecer como el hombre consecuente con un socialismo a la venezolana, gradual y diferente de los "socialismos reales".

1. ECONOMIA: EL PROGRAMA DEL FMI

M. Ignacio Purroy

Tarea ingrata, la de analizar los programas de gobierno. Los programas de los partidos con opción de triunfo (AD-Copei) no van más allá de un listado de promesas, elaborado bajo el lema evangélico: "Todo lo que pidáis, se os concederá". Ningún voto debe ser espantado. Los partidos de izquierda no se ven (con razón) en la necesidad de presentar un programa propiamente de gobierno, limitándose a la agradable,

aunque válida, tarea de esgrimir la espada de la crítica. Y cuando se sienten fugazmente cerca del poder, como es el caso del programa del MAS, sus proposiciones concretas en poco se diferencian de los otros programas, porque la tiranía del voto así lo exige, hasta tanto su base de poder no se sustente en una nueva correlación de fuerzas y clases sociales.

El elector, después de la lectura de los programas, continuará sintiéndose

Para presentar a nuestros lectores los programas de estos candidatos y de los grupos políticos que los apoyan, hemos escogido solamente aquellos puntos que se destacan como necesidades sentidas o como elementos críticos de la política que deberá emprender y afrontar el futuro gobierno de Venezuela. Así intentamos analizar y comparar críticamente lo que cada uno de ellos nos presenta respecto a Educación, políticas económicas —y su relación ineludible con las del Fondo Monetario Internacional—, modo de encarar las necesidades de los millones de venezolanos que se amontonan en los barrios de nuestras ciudades, política petrolera y política exterior.

Al hacerlos pensamos prestar un aporte —pequeño, pero necesario— a la racionalidad de la campaña electoral, a que los votantes sepan qué futuro escogen para Venezuela.

No queremos terminar esta introducción sin señalar aquí también lo que Ignacio Purroy destaca en su estudio. Que los partidos, muy principalmente los del sistema, eluden conscientemente presentar aquellos puntos que por ser controvertidos, pueden alejar algunos votos, y eso aun en temas tan esenciales, que la indefinición respecto a ellos constituye "un verdadero fraude electoral".

Así no nos dicen nada no sólo de la paridad del bolívar, la deuda privada y la renegociación de la deuda externa, sino tampoco de las relaciones con Cuba, la política venezolana frente a los conflictos centroamericanos, las acciones concretas frente a las posturas de Estados Unidos y demás países industrializados que se oponen decididamente a la creación de un nuevo orden económico mundial que nosotros decimos buscar y promover... Una definición en estos puntos —y en otros de igual importancia supondría hacer frente a ideologías y a poderes muy fuertes en el país. Se ha optado por callar: es más funcional —dentro del tipo de campañas elegidas— para no espantar votos... hacer que los electores acudan a las urnas a depositar "un voto de confianza" en el que resulte elegido, sin saber qué es realmente lo que va a hacer.



desconcertado. Para formarse una opinión no le quedará más remedio que prescindir del análisis inmanente de los programas, que no le aportará absolutamente nada, y deberá cuestionarlos "desde fuera": ¿en qué medida ofrecen respuestas a los problemas que el país siente como acuciantes? Más en concreto, ¿qué soluciones alternativas ofrecen los programas frente al otro programa, el del Fondo Monetario Internacional

(FMI)? No es casualidad que el FMI haya presentado "su" programa en este momento (Ver: Número, Octubre 23, 1983). No nos engañemos: la política económica del próximo período deberá ser necesariamente una política **negociada** con el FMI. El próximo gobierno no será "soberano" en sus decisiones económicas. Siendo así las cosas, cualquier programa económico que ignore o eluda las exigencias del FMI no pasará de ser una fatua verborrea y un fraude frente a los electores.

LOS PROBLEMAS ACUCIANTES

En el plano coyuntural inmediato, Venezuela se enfrenta con tres núcleos de problemas económicos:

1) Desequilibrio de la **balanza de pagos**, manifestado en:

- deuda externa agobiante
- devaluación progresiva del bolívar

2) **Inflación** latente, producto de la devaluación, del desabastecimiento y de las presiones salariales contenidas.

3) Depresión de la actividad económica, manifestada en:

- flojedad de la demanda, escaso poder adquisitivo de las mayorías consumidoras;
- alta capacidad ociosa y desempleo.

El próximo gobierno, cualquiera que sea, deberá enfrentarse a estos problemas, sin cuya solución cualquier planteamiento de reforma estructural se vería abortado en su raíz. Una redistribución sustancial del ingreso, por ejemplo, es impensable sin que se detenga el deterioro de la paridad del bolívar y se restablezca el pleno empleo. Una superación de la dependencia externa debe empezar por alejar del país las presiones agobiantes de la banca internacional. Por este motivo, el análisis de los programas económicos debe centrarse inicialmente en su capacidad de respuesta coyuntural inmediata, antes de abordar otros planteamientos de mediano y largo plazo sobre el "modelo de desarrollo", que serán objeto de estudio en la próxima entrega de Diciembre. Dado el carácter coyuntural del presente artículo, nos limitaremos a los programas de los dos partidos con posibilidad de gobierno en el próximo quinquenio. Es bueno advertir, sin embargo, que el tipo de soluciones coyunturales de corto plazo que se adopten, predeterminarán el rumbo estructural a mediano y largo plazo. No es lo mismo reactivar la economía a través de la industria de la construcción, que a través de la agricultura.

No es lo mismo otorgarle la responsabilidad dinámica de la reactivación a la empresa privada, que al sector estatal.

REFINANCIAMIENTO DE LA DEUDA

Los problemas derivados de la deuda externa y de la inestabilidad del bolívar son, sin duda, los más urgentes por resolver. Por esta razón, asombra e indigna que los programas de AD y COPEI eludan descaradamente el tema y se limiten a afirmaciones tan ambiguas como que se refinanciará la deuda sin aceptar "condiciones que puedan causar graves perjuicios a la nación" (COPEI) o "sin que se generen efectos indeseables para el nivel de vida de los venezolanos" (AD). Esta retórica hueca es tanto más condenable, por cuanto el refinanciamiento está inexorablemente condicionado a un acuerdo con el FMI, y esta institución ya ha puesto al próximo gobierno en conocimiento de sus condiciones.

Entendemos que la renegociación de la deuda es un asunto que debe ser manejado con discreción, pero dado que el FMI y la banca internacional han incurrido en propuestas muy concretas, que afectan directamente el "nivel de vida" de los venezolanos, creemos que el elector tiene derecho a exigirle a los partidos una toma de posición.

Precisamente este carácter "negociado" de la próxima política económica y la elusión de las cuestiones fundamentales de la negociación convierten a los programas en una especie de **fraude electoral**. Ninguno de los cientos de miles de votantes adecos y copeyanos, salvo los respectivos "cogollitos", sabe por qué política está votando. Pero nada de esto es casual: la indefinición "material" del sufragio electoral es precisamente el pilar de sustentación de la democracia "formal", donde poderosos intereses particulares dominan bajo la apariencia del interés colectivo legítimo. La forma concreta que asume la indefinición material en los programas es la de un listado exhaustivo de todas y cada una de las promesas posibles, de tal manera que todos los intereses se vean articulados, pero anulándose unos a otros, al estilo de "renegociaremos la deuda, sin afectar el nivel de vida de la población". Esta es la razón, también, por la cual los programas de AD y COPEI se parecen como dos gotas de agua en lo relativo a las promesas concretas.

RECONOCIMIENTO DE LA DEUDA PRIVADA EXTERNA

Otro problema acuciante es el relativo a la deuda privada externa. Lo que está planteando el sector privado a través de Fedecámaras comprometería de tal manera las reservas presentes y futuras, que afectaría seriamente la capacidad financiera de la nación para relanzar y lograr el equilibrio externo de su economía. Sería un "segundo asalto" (el primero fue antes del 18 de Febrero) al ahorro externo de la Nación, en beneficio de unos mismos pocos. Se trataría de la aplicación descarada del lema capitalista vernáculo: "socialización de los riesgos y pérdidas, privatización de los beneficios", sobre todo teniendo en cuenta que gran parte de esa deuda tuvo origen especulativo (acumulación exagerada de inventarios, créditos convertidos en colocaciones, etc.).

Tan cierto es lo anterior, que el FMI, tan celoso portavoz del capitalismo liberal y de los bancos internacionales, recomienda al sector público venezolano "no asumir la deuda privada ni tampoco darle al sector privado una garantía preferencial de tasa de cambio". Los partidos AD y COPEI, sin embargo, han dado su respaldo al sector privado, asegurándoles el pago a tasa preferencial de la deuda legítimamente contraída y comprobada. (¿?) ¿O será ésta otra promesa captadora de apoyo electoral, que el 4 de Diciembre hará luego olvidar? Esperemos que así sea.

POLITICA CAMBIARIA Y DEVALUACION

Otra laguna de los programas se refiere a la política cambiaria, a pesar de que de ella dependen cuestiones tan fundamentales como la renegociación de la deuda, el nivel de inflación, la política arancelaria, las posibilidades de exportación, etc., etc. El programa de AD se limita a proponer la "simplificación cambiaria" y el de COPEI "la estabilización de las relaciones de intercambio monetario". Ni una palabra más al respecto. El FMI, sin embargo, sí tiene proposiciones, y muy concretas. Estas proposiciones son: 1) Eliminar la tasa de 4,30 Bs./US\$ y establecer una de 6,50 para la lista de productos y servicios actualmente a Bs. 4,30. 2) Todos los demás productos, inclusive los de actualmente a Bs. 6,00, someterlos a la tasa del mercado libre. 3) Eliminar la tasa preferencial bancaria de Bs. 9,90/\$. 4) Eliminar todo tipo de control de cambio (compra-venta libre de divisas)

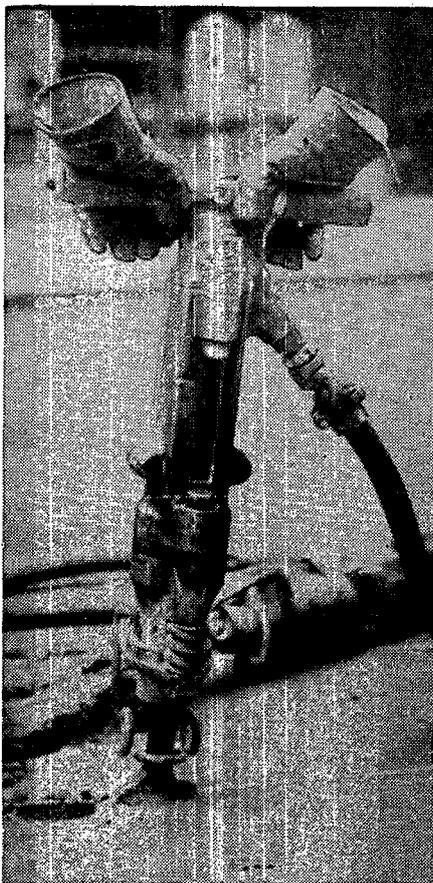
y liberar las importaciones.

La propuesta del FMI tiende, por consiguiente, a ampliar el mercado libre de divisas y dejar que éste fije la tasa definitiva de cambio. Aun cuando los programas AD-COPEI no concretan su política cambiaria, puede inferirse de ciertas afirmaciones dispersas que tenderán a controlar las importaciones no necesarias, manteniendo tasas preferenciales para las importaciones esenciales, aunque elevando levemente el nivel actual de esas tasas. Pero es una incógnita qué papel se le asignará al mercado libre de divisas, qué nivel de devaluación del bolívar se considerará conveniente y qué medidas compensatorias anti-inflacionarias se adoptarán.

AUSTERIDAD SALARIAL

La cuestión cambiaria es tan importante, porque afecta directamente el nivel de precios y la capacidad adquisitiva de la población. El "núcleo duro" de las políticas de ajustes del FMI consiste precisamente en evitar que las alzas salariales alcancen el alza de los precios, logrando así inclinar la balanza hacia la remuneración del factor capital en detrimento del factor trabajo, incrementando los excedentes de capital y la capacidad de pagos externos del país. Puesto que políticamente no es factible reducir los salarios, el FMI propone liberar los precios y aplicar al mismo tiempo "austeridad" en la contratación salarial, principalmente en el sector público. Esto equivaldría indirectamente a una erosión del salario real por la vía inflacionaria.

Frente a estas recomendaciones no basta con mostrar indignación y rechazo. El problema es más de fondo. El desequilibrio de la balanza de pagos, la agobiante deuda externa y la devaluación del bolívar son pruebas evidentes de que el país está gastando más de lo que producía, financiando el exceso de gasto con endeudamiento externo. Una de las causas fundamentales del exceso de gasto financiado exteriormente es un patrón de consumo orientado hacia bienes y servicios importados (como ejemplo basté mencionar los hábitos alimenticios). Modificar un patrón de consumo lleva tiempo; mientras tanto, el impacto inflacionario de la devaluación es ineludible. Y el peligro de que se desate una espiral inflacionaria no es ningún fantasma dibujado por el FMI, sino algo muy real. No vemos en los programas de gobierno suficiente conciencia realista frente al problema. Parecería que todo es posible y en perfecta armonía: es



posible flexibilizar los precios y mantener la capacidad adquisitiva de los trabajadores; es posible relanzar el crecimiento económico, sin inflación. No decimos que sea imposible compatibilizar estos binomios, pero se necesitaría para ello una política económica menos convencional y más sutil que la contenida en los programas.

INFLACION EN PUERTAS

Para combatir eficazmente la inflación se debería empezar por identificar su origen. En el caso concreto venezolano, el origen es triple:

- alta ineficiencia productiva, ocasionada por una estructura tecnológica inadecuada, alta capacidad ociosa y estrechez de mercado.

- alto grado de monopolización de la oferta.

- patrón de consumo fuertemente dependiente de importaciones.

Esta tercera causa, que ha pasado a primer plano después de la devaluación, se refiere al lado de la demanda, pero no en cuanto a su volumen, sino en cuanto a su composición. Las otras dos causas provienen claramente del lado de la oferta. No son válidas, por consiguiente, las recetas anti-inflacionarias (al estilo FMI) consistentes en reducir la demanda por la vía de la contención sala-

rial. Sería perfectamente demostrable que la principal causa estructural de la inflación reside precisamente en la depresión secular de la demanda, derivada de una injusta distribución del ingreso y de la marginación productivo-consumitiva del 80 por ciento de la población venezolana. Planteamientos en la línea de deprimir aún más la demanda conducirían inexorablemente a un peligroso agravamiento de la recesión e, incluso, de la inflación.

Las soluciones anti-inflacionarias deben provenir, por consiguiente, del lado de la oferta. La nueva paridad del bolívar y el cierre de importaciones van a oxigenar sensiblemente el aparato productivo por la vía de un nuevo impulso a la sustitución de importaciones y nuevas posibilidades de exportación. La bonanza actual de la industria textil es un buen síntoma de ello. Pero este efecto cambiario sería "flor de un día", si no se acompaña con medidas estructurales por el lado de la oferta, como por ejemplo:

- creación de un marco legal anti-monopólico,

- adecuación de la tecnología hacia una mayor incorporación del factor trabajo y de bienes de capital e insumos nacionales,

- lubricar y hacer transparente el aparato comercial-distributivo.

Este listado de campos de acción podría ampliarse mucho más, pero todo sería estéril, si no se ataca el problema crónico de la capacidad ociosa del aparato productivo, que en épocas buenas ha oscilado entre el 60 y 70 por ciento y actualmente ronda por el 40-50 por ciento. Con este grado de capacidad ociosa es absolutamente imposible lograr niveles razonables de costos y precios. Y la causa fundamental de la ociosidad reside en el hecho antes mencionado de que cerca del 80 por ciento de la población venezolana ocupa una posición marginal en el mercado consumidor.

El círculo vicioso: "baja demanda - baja producción - bajo nivel de empleo - baja capacidad adquisitiva (demanda)" sólo puede ser roto en Venezuela por el lado de la demanda. Para disminuir la capacidad ociosa y lograr así mayor productividad, menores costos unitarios y precios estables, el mercado debe ser ampliado, lo que equivale a decir que la capacidad adquisitiva de la población debe aumentar. Esto es posible con políticas tendientes al logro **simultáneo** de estas tres metas:

- mantenimiento del salario real

de los empleos actuales,

- incorporación de nuevos contingentes al mercado de trabajo y consumo,
- utilización creciente de la capacidad ociosa (mayor productividad).

Nada más erróneo y peligroso, por consiguiente, que aplicar en la actual coyuntura la receta del FMI de reducción de salarios y contracción general de la demanda. A este respecto, los programas de AD y COPEI tampoco ofrecen posiciones alternativas, aunque sí es justo reconocer que el tema de la redistribución del ingreso a través de la creación de empleos empieza a ser considerado como punto de partida de cualquier política de reactivación económica y como base para un crecimiento sostenido de la economía (sobre el tema del empleo, ver en este mismo número el artículo de D. Méndez).

SANEAMIENTO DE LAS FINANZAS PUBLICAS

En la misma línea de contracción de la demanda privada por la vía de reducciones de salarios reales, el FMI ha venido insistiendo en la contracción de la demanda del sector público por la vía de reducción del gasto público, especialmente de las erogaciones corrientes por pagos a empleados públicos. Extrañamente, este planteamiento ha sido aceptado sin mayores objeciones por parte de los partidos políticos y de la opinión pública. Decimos "extrañamente", porque hay razones de mucho peso para dudar de la bondad de tales medidas.

En primer lugar, si como anotábamos antes, las causas de la recesión e inflación se originan en las deficiencias de la demanda, una reducción del empleo público y/o de las remuneraciones a empleados públicos sólo agravaría más la causa estructural de la recesión. El Estado, como primer empleador, debe por lo menos mantener los niveles actuales de empleo y remuneraciones reales. En segundo lugar, el porcentaje de los sueldos y salarios propiamente dichos dentro del gasto público total es mucho más bajo de lo que generalmente se supone. Hay otras partidas de gasto público igualmente importantes cuantitativamente, donde una reducción y simultánea racionalización tendría los mismos efectos de equilibrar el fisco, pero sin tener que soportar los efectos socioeconómicos depresivos de una reducción de empleo y/o salario público. Con esto no pretendemos negar la necesidad de una utilización más racional y productiva de los actuales recursos humanos públicos.

Dado que el Presupuesto para 1984 ya ha sido aprobado, el FMI no insiste en su último informe-programa en el tema del empleo público, sino que se limita a proponer dos soluciones para cubrir el déficit fiscal, estimado en 28.000 millones de bolívares para 1984, por la vía de aumentar los ingresos:

1) Cuadruplicar (!) los ingresos internos (precios) de productos petroleros (de aproximadamente 4.000 a 16.300 millones de bolívares).

2) Triplicar las utilidades cambias, elevando la tasa de cambio promedio para las ventas al sector privado de actualmente Bs. 5,50 a Bs. 7,50.

Si la estimación del FMI sobre el déficit fiscal es correcta e insiste en las dos correcciones mencionadas, las repercusiones sobre el "nivel de vida de los venezolanos" (para usar palabras del programa de AD) serán enormes. De ahí que el tema de la estimación del déficit fiscal haya sido uno de los puntos más controversiales de las negociaciones con el FMI. Una vez más, en los programas de los dos posibles gobiernos negociadores se elude una toma de posición sobre el aumento de los precios internos de combustibles y sobre el nivel de devaluación.

Otro gran ausente de los programas es el tema de la reforma tributaria, que se perfilaría como única solución permanente para cubrir los inevitables déficits fiscales de los próximos años, aparte de su imperiosa necesidad para la implementación de cualquier política de redistribución del ingreso.

¿HABRÁ RECURSOS PARA LA REACTIVACION ECONOMICA?

Así como en programas de elecciones pasadas el escepticismo se basaba en las dudas sobre la capacidad gerencial del Estado, en los actuales se añade una nueva duda sobre la disponibilidad de recursos, sobre todo financieros, para satisfacer todos los intereses articulados. En este aspecto, el programa de COPEI es totalmente inocuo; pareciera que la "confianza" supliera la necesidad de recursos. El programa de AD, sin embargo, se plantea más explícitamente el problema y apunta en tres direcciones:

- liberación y reasignación de recursos fiscales desde áreas ineficientes o de larga maduración hacia áreas inmediatamente generadoras de empleo y rentabilidad.

- expansión controlada de la liquidez

- creación de "fondos de solidari-

dad social" con aportes de trabajadores y empresarios.

A nuestro entender, la primera línea de acción es la más factible, ya que la segunda se sobreentiende y la tercera sólo sería realista una vez puesta en marcha la reactivación. La reasignación de recursos fiscales presupondrá, sin embargo, reformas del Estado de notable envergadura, que hasta ahora han chocado contra la inercia interesada de grupos económicos y de los mismos partidos políticos. Pero la potencialidad de recursos en esta área es considerable.

No se mencionó la gran masa de recursos que hoy permanece ociosa en el sistema financiero privado y que podría movilizarse una vez creadas ciertas condiciones mínimas de estabilidad. A pesar de la crisis se puede afirmar que existirían recursos suficientes para la reactivación, siempre y cuando impere la racionalidad en su uso.

EN RESUMEN...

Suponemos que el lector de estas notas continuará después de su lectura tan perplejo como antes. Nosotros también. La confrontación de los programas de AD y COPEI con el "otro programa" del FMI ha puesto en evidencia su indefinición respecto a los problemas económicos centrales, que absorberán no menos de 3/5 partes del próximo período. Tal indefinición decíamos antes, no es casual, ya que conforma un rasgo esencial del tipo de sufragio democrático "formal", todavía vigente.

Puestos a comparar los programas de AD y COPEI, ambos son prácticamente idénticos en el catálogo de promesas (no podía ser de otra manera...). Ahora bien, el programa de AD muestra más coherencia y lógica interna, una cierta jerarquía en sus objetivos y denota más labor de equipo. Esboza, al menos, algunos rasgos de un modelo de desarrollo distinto, un nuevo rol de la agricultura, y un viraje del concepto de industrialización. Afirma sin rodeos que la responsabilidad de la planificación de la economía le corresponde al Estado, que debe corregir las "deficiencias del mercado" y actuar sobre las variables y sectores claves. El programa de COPEI propugna también un "nuevo modelo de desarrollo", pero no aporta nada que sea nuevo.

A la vista de los programas, es evidente que los dos partidos mayoritarios le están pidiendo al elector un acto de confianza, un acto de fe, porque ciertamente no le dan los elementos para tomar una decisión racional.